P. PICA Y PECA

LA INICIAD

Novel

1
230821



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

COLECCIÓN INOCENTE

20 CTS.

1
230821

47/1434833

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

COLECCIÓN INOCENTE

LA INICIADORA

NOVELA COMPRIMIDA

POR

P. PICA Y PECA

ADMINISTRACIÓN
E. HERAS, EDITOR
Cortes, 498
BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona

R3189546

LA INICIADORA

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

¡Los hombres!

Erase un galán de boquilla, de esos tenorios que las saben todas, que se tienen por curtidos en las lides amorosas y que realmente apenas se llaman Pedro, como suele decirsè.

El lector conoce el tipo, porque desgraciadamente abunda, pero no conoce a nuestro tipo, al protagonista de esta verídica historia, un sujeto que pasaría a la posteridad si el género a que se dedica fuese digno de conservarse en letras de molde o esculpirse en mármoles.

De todos modos, es curioso conocer las peripecias que le han ocurrido hasta la fecha, pues de las sucesivas autores habrá que quizás las relaten con mayor galanura que nosotros, aunque no con tanta verosimilitud.

Nació en un pueblo de la provincia de Ciudad Real; en Almodóvar del Campo; para que la posteridad no se dispute su paternidad, como ocurrió con el Alonso Quijana de Cervantes, el caballeroso don Quijote de la Mancha, en controversia acerca de su nacimiento hasta los presentes momentos históricos.

Venturita, no de la Vega, sino de la Mancha, como acabamos de declarar, era hijo de una nobilísima familia, que a fuerza de atropellos y caciquerías se había hecho dueña del pueblo y de todos sus contornos.

Los bienes comunales pasaron poco a poco a su po-

der y cuantas riquezas pudieran existir por allí llegaron a sus manos por el procedimiento más expedito: por la política. Bien podía asegurarse que ni la hoja del árbol se movía sin el consentimiento de su respetable papá, cacique máximo de todos aquellos contornos, ni el chico servía para nada de provecho, pues para alcanzar los títulos académicos que poseía, no tuvo que calentarse mucho el entendimiento.

El padre, que en sus mocedades se había dedicado con exceso a fomentar la reproducción de la especie, se miraba en su heredero, anhelando que lo imitase en todo para que pudiera ser dignamente su noble sucesor.

Con tal motivo, hacía la vista gorda en algunas cosas y hasta incitaba indirectamente al joven, poniéndole casi al alcance de su mano el único pelo con que suelen pintar a la ocasión, por si quería asirse al pelo susodicho.

A Venturita le gustaban las mujeres por intuición, ya que hasta entonces no había disfrutado los favores de ellas; tenía sus diez y ocho añitos, largos de talle, pero era lo que se llama un primo a la vela, un pasmado, incapaz de irse derecho al bulto, tan tímido como erótico, que había que iniciarlo en una senda para él desconocida, aunque presentida.

Eso sí, entre sus amigos se consideraba como un don Juan Tenorio, como un maestro consumado en las lides del amor y los dejaba turulatos relatándoles fantásticas aventuras, que sólo existían en su imaginación calenturienta y anhelante; les detallaba goces íntimos que únicamente presentía y todos, repetimos, le admiraban y envidiaban.

Venturita mariposeaba con cuantas mujeres hallaba a su paso, y una vez se dejó querer por una casadita de veinticuatro años, guapa, con unos ojos negros y grandes, que partían los corazones, y una gracia y unos andares capaces de volver loco a un santo de piedra, cuando menos a nuestro protagonista, que soñando en sus soledades con encantos femeninos llegaba a veces al paroxismo del placer.

La casadita, con toda la alevosía y ensañamiento de una mujer hecha y derecha, encaprichada de aquel mozalbete tímido, se propuso solazarse con él, aprovechando una ausencia de su marido.

Dos meses ya le hacía el amor platónicamente, sin haberse permitido otra libertad que algunos apretones de manos y un beso furtivo cuyo calor conservaba en sus labios, cuando se vió agradablemente sorprendido con una cita en su propia casa, para tratar de un importante asunto, añadiendo la dulce misiva que como su esposo se hallaba ausente, nadie les molestaría en toda la noche.

Venturita no daba crédito a sus ojos, y después de exhibir orgulloso la carta ante sus atónitos amigos para darse pisto y comprometer el honor, harto comprometido ya, de aquella dama, o mejor dicho el de su esposo, esperó con impaciencia febril.

Llegó la noche y se coló en su cuarto con una mezcla de resolución y de timidez que debió parecerle a ella muy encantadora, puesto que le hizo olvidar el asunto importante objeto de la cita.

Al verle aparecer abrió los brazos, lo estrechó en ellos y empezó a besarle con efusión.

Cerró luego la puerta y le condujo a un gabinetito contiguo a su alcoba, sencilla y modestamente amueblada, pero que a él le pareció la mansión más suntuosa del mundo entero.

La joven vestía una vaporosa y elegante bata, que dejaba adivinar todos sus encantos: llevaba el pelo flojo, caído en hermosa trenza por detrás, porque era mujer de muchos pelos, según pudo comprobar luego Venturita, y estaba realmente seductora. La emoción que la embargaba en aquellos momentos coloreaba más su semblante y hacía que sus ojos, grandes y hermosísimos, brillasen con intensidad más profunda.

Hizo que se sentara en un sofá, tomó asiento a su

lado y rodeándole el cuello con el brazo volvió a besar de nuevo a su conquista.

—Hay un dios—le dijo—que vela por los enamorados y ese dios ha hecho que se ausente mi marido para que nosotros seamos felices y podamos dar rienda suelta a nuestro cariño. Porque tú me quieres mucho, ¿verdad?

—Con toda mi alma—respondió el joven—. ¿Y tú a mí?

—Con toda mi alma y con todo mi cuerpo.

Dicho esto lo estrujó materialmente contra su seno, que conservaba duro como el mármol y se lo comió materialmente a besos.

Cinco minutos de caricias ardientes bastaron para poner a Ventura en un estado imposible de describr. La sangre le hervía en las venas y zumbaba en sus oídos; fantástico velo cubría sus ojos y mareaba su vista; un deseo ardiente le empujaba a la posesión de aquella mujer, convertida en ídolo para él.

Pero no obstante aquellos fuertes impulsos, Venturita seguía dominado por la timidez, cohibido por la inexperiencia, detenido por el temor, y quién sabe si hubiera concluído por hacer la gran plancha y retirarse a su casa «incólume», si la joven, no menos encendida y anhelante que él, pero más resuelta, como mujer acostumbrada a las lides amorosas, hasta su final, no le hubiese dicho sofocada:

—¿Pero vamos a estar siempre así?

Al ver unas pantorrillas tan hermosas, tan bien formadas y calzadas con unas medias tan ceñidas, se le revolucionó más la sangre a Ventura y le inspiraron el ánimo y la resolución de que hasta entonces había carecido. Se metió en la cama tras ella y se reanudó la interrumpida serie de besos y abrazos.

Era la primera vez que se hallaba tan cerca de una mujer y, caso raro entre los primerizos, no se trataba de una mujer pública y desconocida; no les unía el interés, sino el capricho y el amor.

Ni una ni otro proferían palabra; él demostraba a cada paso su torpeza; ella se desesperaba y se ponía nerviosísima.

—¡Anda, hombre!—exclamó por fin.

Resultaba para el joven algo más difícil de lo que había creído el hallarse tan junto a una mujer.

—Pero, oye—le preguntó ella—. ¿Es que es esta la primera vez que?...

El se ruborizó ante aquella pregunta, pero la contestó afirmativamente, con toda franqueza.

Entonces la joven le inició en los secretos del placer y fué aquella la primera noche feliz y dichosa de Venturita de la Mancha.

II

Allá va la nave...

Las entrevistas se repitieron cuantas veces lo permitieron las circunstancias, mejor dicho, la ausencia del marido, que como todos los maridos, ignoraba lo que ocurría en su casa.

Algo sospechó, sin embargo, el papá de Venturita, y temiendo que un día ocurriese un grave conflicto, porque por experiencia propia sabía que hay algunos maridos bastante brutos, decidió cortar por lo sano.

Además, era lástima que el chico vegetase en aquel pueblo, y decidió enviarle a Madrid, para que se perfeccionase en el arte de la mundología y fuese haciendo carrera en la política o en lo que mayores aptitudes demostrase.

Un hermoso día del florido mayo le dijo, después de comer, tomando café en el despacho:

—Mira, Ventura, arrogante vástago de mis entretelas; después de maduro examen y pesar el pro y el contra, he acordado que te traslades a Madrid, porque además de que esto es muy aburrido, hay poco campo para la juventud ambiciosa, que es la justísima esperanza de la patria y de sus padres, entre los cuales me cuento yo.

Al joven se le alegró la pajarilla, como suele decirse.

¡Madrid! ¡Su sueño dorado! ¡Allí sí que había campo para todo!

Aceptó con aire hipócrita y sumiso la orden de su papá y a los pocos días tomaba el tren, varias cartas de recomendación para elevados personajes políticos y abundantes billetes de banco de los de cien para arriba.

La despedida de los amantes fué todo lo jugosa que puede suponerse.

—¿Me olvidarás? ¿Me escribirás?

—No, sí...—tartamudeaba el joven—. Nuestra separación es provisional. ¡Quién sabe!... A lo mejor volveré muy pronto...

—O el mejor día me tendrás allí...

—Ya veremos, ya veremos...

Ventura desembarcó en Madrid, que le pareció mucho más grande y bonito que Almodóvar, con cuyo pueblo no tenía ni remota comparación.

Alojóse en la casa de huéspedes que se le había recomendado, una casa con honores de fonda modesta, pero limpia y bien servida, y después de arreglarse un poco se lanzó a la calle.

Al joven le llamaba todo la atención y demostraba ser, en efecto, un verdadero provinciano. Excusamos decir que lo que más le agradaba eran las mujeres; las había soberbias, de belleza soberana, y entonces comprendió que su casadita era una mata de habas al lado de ellas.

—¡Qué mal gusto he tenido!—pensaba—. Pero, en fin, no había otra cosa.

Entonces se propuso elevarse más en el amor, dedicarse a la busca y captura de una de aquellas arrogantes mujeres que despampanaban, para conocer verdaderamente el placer, pues a su juicio no estaba todavía iniciado en sus secretos.

Aquella misma noche salió después de cenar y se encaminó a un lujoso y popular café de la villa y corte, donde se reunían las horizontales de moda, artistas y busconas de todas clases.

Con maravillosa intuición había dado Ventura en el clavo.

Sentóse como un novicio y mientras saboreaba el café dirigió una mirada escrutadora por el establecimiento.

Fijóse en una mujer, como de unos veinticinco años,

hermosa y elegante, que ocupaba una mesa inmediata,

Cambiaron una mirada y el joven creyó que verdaderamente se había ella fijado en su airosa personilla.

Repitiéronse las miradas y la desconocida le invitó con una sonrisa a que se sentara a su lado.

Nuestro protagonista sintióse más orgulloso todavía; indudablemente tenía un gancho atroz para las mujeres y se consideraba un César en miniatura.

—¡Llegué, ví y vencí!—exclamó por lo bajo—. Yo me arrimo; ¡fuera cortedad!

A la mujer le había gustado con seguridad aquel jovenzuelo, que apenas llegaba a los veinte años, guapo, bien trajeado, aun revelando en todos sus detalles ese aire provinciano que por fortuna desaparece a poco de habituarse a la vida cortesana.

El joven se sentó a su lado, saludándola con bastante turbación.

—Dispense usted, señora—le dijo—. Como soy forastero y no estoy acostumbrado...

—¿Forastero? Ya se le conoce. ¿Y hace mucho tiempo que ha llegado usted a Madrid?—le preguntó ella, procurando emplear el timbre más dulce de su voz y dejarle ver la más agradable de sus sonrisas.

—Pocas horas—replicó el otro.

—En ese caso, nada ha podido ver usted de Madrid que le llame la atención.

—Se equivoca usted—agregó galantemente Ventura—, porque ya he tenido ocasión de conocerla a usted.

—Muchas gracias—repuso ella, lanzándole una mirada fascinadora—, pero hay muchas mujeres en la corte que valen más que yo.

—Eso va en gustos, señora, y aunque sea un defecto la alabanza propia debo decirla que me tengo por hombre de gusto.

—Le felicito por ello, y lo siento a la vez.

—¿Por qué lo siente usted?

—Porque teniendo tan buen gusto, mi recuerdo se



—Muchas gracias—repuso ella.

borrará pronto de su imaginación, para dar cabida al recuerdo de otras que me superan en hermosura y en gracia.

—Quisiera demostrarla a usted lo contrario.

—¿Y cómo?—preguntó ella, tentadora, aproximándose más al joven y envolviéndole en una seductora mirada, a la vez que su pierna rozaba la del otro, como por descuido.

—Como el hombre demuestra a la mujer que la quiere.

—Pero, ¿eso no será aquí?

—Desde luego. Ha de ser mano a mano, los dos solitos...

—En un coquetón gabinetito... aligerados de ropa... ¿no es eso?—añadió la joven.

—¡Me parece!

—Pues si tiene confianza en mí, sígame.

—¿Dónde vamos?

—A mi casa.

Ventura creyó que era broma, pero la joven se levantó para echar a andar.

Él saldó la cuenta, la ofreció el brazo y salieron juntos a la calle.

Entonces se fijó más detenidamente en su compañera; representaba tener la edad que ya hemos dicho, era muy esbelta y elegante y por los rasgos simpáticos de su fisonomía se deducía que debió ser una gran belleza, entonces algo marchita.

Y concluyó sus observaciones por la lógica deducción de que era una horizontal, una mujer relativamente pública.

—¡Mejor!—pensó—. Así me iniciará en todos los secretos del placer, en su mayoría desconocidos para mí. Mis primeros y únicos amores no han podido ser más ordinarios y vulgares. Y yo he oído que hay más, mucho más... Cuando regrese al pueblo seré un maestro consumado, y acaso consumido, y esto me dará cierta preponderancia sobre las mujeres.

Siguieron andando un buen rato y hablando amistosamente, como si se hubiesen conocido toda la vida.

—Ya hemos llegado—dijo ella, penetrando en un portal algo obscuro y suspechoso.

—¿Aquí vives?—preguntó con desconfianza Ventura.

—Donde se puede, amigo mío; pero no temas, vivo sola, en mi casa hay buena luz y una cerradura de seguridad que nos incomunicará con el resto del mundo. De todos modos todavía estás a tiempo...

—¿Miedo? No he querido decir eso. Me refería a la pobreza que revela el portal...

—Pues pago lo que no puedes figurarte. Sin embargo, aunque no mucho lujo, en mi habitación encontrarás comodidad y limpieza.

Todo esto lo decían subiendo ya la escalera.

Entraron en la estancia de Rosario, así se llamaba la bella, y el joven quedó agradablemente sorprendido. Todo respiraba confort y coquetería; era un cuarto digno de elevar al placer uno de sus más privilegiados altares.

—¿Qué te parece?—dijo ella, dando el primer beso a su nuevo amante.

—¡De primera, como tú!

Y le devolvió con creces las caricias.

—Mientras te entretienes hojeando esas ilustraciones—agregó aquélla—voy a aligerarme de ropa, ¿eh?

Pasó a un gabinetito contiguo, y a poco reapareció envuelta en un elegante peinador, que la embellecía más y la hacía más simpática y encantadora.

—¡Divina!—exclamó Ventura, al verla de nuevo—. ¡Ahora sí que te mereces un beso!

Por toda respuesta se acercó a él y le presentó la mejilla derecha, pero el joven no solamente la besó en la derecha, sino también en la izquierda y en los labios.

Rosario correspondió largamente.

—¡Ten calma, muchacho!—le decía sonriendo—.

¡Eres una polvorilla! Las cosas hay que hacerlas bien y con orden. ¡Pues si empezamos así!...

Se sentaron en una otomana.

—Veamos—exclamó ella—, cuéntame, dime cosas... quién eres... para qué has venido a Madrid... Creo que tengo derecho a saberlo todo, porque soy tu mujercita... ¿verdad?

—Sí, sí—repetía el otro excitado—, mi mujercita... por ahora.

—¡Cómo por ahora, traidor! ¿Es decir, que eres como los demás? ¿Que vienes a pagar con unas cuantas pesetas una hora de felicidad?

—No tanto, pero es que...

—Ya sé lo que vas a decirme... Que no me conoces. ¡Ni yo a ti tampoco, y sin embargo empiezo por confesarte que te quiero y que si supiera que no habías de volver más, te irías de aquí como has venido. ¿Lo entiendes?

Ventura se fijó más en aquella mujer. ¿Le habría tomado cariño tan de repente?

Porque el caso es que él también la quería un poco y no la consideraba como una inmunda ramera.

—¿Y quién te ha dicho que no he de volver más?—exclamó seducido por los encantos de Rosarito—. ¿Y quién te asegura que no me quedo aquí contigo para siempre?

—¡Ay, nene mío! ¡Si tú supieras lo triste que es vivir sin ilusiones ni cariño!... No me lo repitas, porque me volvería loca.

—¡Pobre mujer!

—¡Tampoco!—gritó ella—. No me ames, si no quieres, pero no me tengas compasión.

—¡Te quiero, te quiero!—repitió Ventura, cubriéndola de besos y derribándola brutalmente sobre la otomana.

III

Rosario, la iniciadora

Lujurioso, como pocos, y en el pleno uso de sus facultades eróticas, el buen Venturita era un mico, en toda la extensión de la palabra.

Su sangre ardiente le hervía en las venas; se había enamorado con tal intensidad de Rosario, que no encontraba manera de saciar sus apetitos. La noche fué de prueba, verdaderamente.

—¡Basta ya!—decía ella sofocada.

Y cuando se hacía un leve alto en el combate amatorio, para recobrar las perdidas fuerzas, el joven se recreaba contemplando las formas perfectas, aunque un tanto ajadas, de aquella mujer interesante por muchos conceptos.

—¿De modo—le preguntaba Rosario a su amante improvisado—que tu familia te manda a Madrid a correrla? ¡Dichosos los hombres, que pueden ver mundo, sin estar expuestos a los contratiempos que solemos experimentar las mujeres!

—Porque queréis.

—Porque nos engañáis vosotros.

—¿También te consideras tú como víctima?

—Pues ¿por qué, si no, estás conmigo a estas horas?

—Por amor. ¿No lo has dicho antes?

—Pero no por amor hacia ti, porque entonces no te conocía.

—¡Naturalmente!

—Fué mi amor primero...

—Que te abandonaría, ¿eh? La eterna canción.

—La historia de siempre, y una historia bien desgraciada y triste, porque aquel infame me deshonró,

me robó y me abandonó en país desconocido, dejándome en la mayor miseria.

—¿Te la sabes de memoria?

—No te burles, Ventura; compadéceme, mejor.

—Si no es muy larga...

—Tú juzgarás.

Y mutuamente abrazados, acariciándose por el respectivo calor de sus cuerpos jadeantes, empezó Rosa-



...derribándola brutalmente sobre la otomana...

rio su novelesca relaci n, que merece ser conocida para enseñanza y escarmiento de inexpertas jóvenes.

—Llegó a mi pueblo, porque yo no soy de Madrid, sino de la provincia de Avila...

—Para lo que gustes mandar, se dice.

—Llegó a mi pueblo, digo, un viajante de comercio, joven, guapo, buen mozo...

—¡Pero, niña...!

—¿Vas a tener celos? ¡Si entonces no te conocía!...

—Sigue, sigue.

—Es el caso que el padre de una amiga mía tuvo que entenderse con él para asuntos comerciales y el joven se enamoró de ella y a los dos días ya estaban en relaciones.

—¡Caramba! ¡Pues si que jugabas tú importante papel en el asunto!

—¡Ahora verás! Concebí, entonces, el diabólico pensamiento de quitarle el novio a mi amiga, sin otra razón que el capricho y la genialidad, porque, si bien me gustaba, no sentía por él ninguna pasión avasalladora, ni mucho menos.

Aquel mal pensamiento, del cual no me arrepentiré lo bastante mientras viva, empezó a martirizarme, apenas concebido, y cerrando los ojos a todas las conveniencias, empecé a conquistar al viajante, a quien yo debí parecer bonita y apetitosa.

—Aun sigues pareciéndolo—objetó Ventura, por cortesía.

—El hombre—siguió diciendo Rosario—se vió en un brete al hallarse entre dos amores, y como no podía romper con mi amiga, por el compromiso contraído, y yo le gustaba más, no sabía cómo componérselas para salir de aquel atolladero.

Yo he sido, hasta hace poco, mujer de grandes resoluciones, y comprendiendo lo que pasaba en la mente y en el corazón del comisionista, le di una cita, diciéndole que acudiese a mi casa para tratar de un asunto de mucha importancia, recomendándole la mayor reserva.

—¿Y acudiría, como es natural?—dijo Ventura.

—Con puntualidad cronométrica, como hubieras acudido tú.

—Estamos solos—le dije—y debe usted comprender que cuando doy este paso es porque a todos nos interesa.

—A mí más que a nadie—me replicó, devorándome

con los ojos—porque deseaba decirle a usted que me tiene loco desde que la ví por vez primera.

—Lo he comprendido, y esta cita no tiene otro objeto que volverle a usted a la razón—le dije yo, mirándole de una manera que estaba en oposición con mis palabras—. Su prometida es amiga mía, y no debo consentir que por mí falte usted al compromiso contraído con ella.

—Ese compromiso no es de tal naturaleza que no pueda romperse.

—Pero usted comprenderá que si lo rompe por causa mía, me colocará en una situación muy difícil y hasta me obligaría a abandonar el pueblo.

—¿Y por qué no, si era conmigo?

—¿Luego usted insiste?...

—En amarla a usted con preferencia a su amiga.

—¿A pesar de mis observaciones?

—A pesar de ellas.

—Me pone usted en un grave compromiso; quería conseguir de usted que me olvidase.

—Y ha conseguido que la ame con más pasión y que ella me sea indiferente. Quiérame usted como yo la quiero.

—¿Y quién me responde de la sinceridad de su cariño?

—Mi palabra de hombre honrado. Véngase usted conmigo.

—¿A dónde?

—A donde yo vaya; viajaremos constantemente por España y por el extranjero.

—Eso cuesta mucho—le dije sonriendo.

—No me faltan recursos, y como el amor me aguija, le aseguro que seremos los más felices de la tierra.

—Lo pensaré.

—¿Luego me quiere usted?

—Sí, a pesar mío; y ahora, retírese.

—¿Cuándo podremos hablarnos otra vez?

—Ya le avisaré por escrito.

Al marcharse quiso darme un beso; pero yo, que lo deseaba tanto como él, me limité a darle mano, pues no quise que se retirase bajo la impresión de una conquista fácil.

—Pero hasta ahora...—objetó Ventura.

—Hasta ahora he logrado contener tus ardores, que no es poco, muchacho. A tres sesiones como ésta me inutilizabas para el servicio.

—¿Pues no decías que eras mía?

—Y lo soy, pero es que siguiendo con la furia que empezaste no sería de ti, sino de la fiera parca. Déjame terminar.

—Un beso.

—Lo que empezó por un capricho—siguió diciendo Rosario—se convirtió en vehemente deseo de gustar las delicias del amor en brazos de aquel hombre, y además me halagó la perspectiva de correr mundo y ver grandes ciudades. Mi novio había recibido órdenes de la casa de trasladarse a París, pasando por Madrid para recibir instrucciones.

«Marcharé mañana; decídase usted y avíseme»—me decía en una misiva que hizo llegar a mis manos disimuladamente.

Aquella noche, después de muchas vacilaciones, me decidí por irme con él y contesté lo siguiente:

«Tome usted dos billetes en vez de uno, y no se preocupe si no me ve al embarcar: me incorporaré en una estación del tránsito.»

—¿Y te largaste, loca de amor, con un desconocido, verdad?—observó Ventura—. Pues ya sé el final.

—El principio es lo único que lograrás adivinar—arguyó Rosario—. ¡Mis sufrimientos!

—Esos son los prolegómenos del placer.

—¡Si digo los sufrimientos que por él pasé! ¡Ingrato! ¡Ladrón!

—Sí, ladrón, ¿qué has hecho de mis quereres?—como cantan en el popular cuplé.

—Pasamos un mes en París, donde todo me gustaba

menos el idioma, que no entendía, y los días tuvieron para mí la duración de un relámpago.

Mi amante debió gastar mucho, porque no escaseamos de nada; yo tenía en mi maleta una pequeña fortuna, unos cuantos miles de pesetas que me había llevado de casa, además de varias alhajas de mucho vlor: todo ello estaba intacto todavía.

Una noche, cuando nos retiramos del teatro y nos metimos en la cama, se mostró más cariñoso conmigo que de ordinario, y fué tan expresivo en sus transportes amorosos, que me redujo al más extremo grado de debilidad.

No sé el tiempo que permanecí luego dormida; lo cierto es que me desperté muy tarde y que él había salido, porque ya no estaba allí.

—¿Iría a cumplir su cometido?—dijo Ventura.

—Eso supuse. Dió la una, y como no hubiese vuelto, me decidí a almorzar; pasó la tarde y cerró después la noche sin tener noticias suyas; empezé a temer que le hubiese ocurrido algún percance y me preocupé hondamente. Una idea espantosa invadió de repente mi imaginación. ¿Me habría abandonado? Examiné la estancia y no vi sus baúles; pero en cambio hallé abierta mi maleta; la reconocí y observé que había desaparecido de ella cuanto existía de valor.

La duda era ya imposible; me había abandonado inicuamente, dejándome en una población extraña cuyo idioma no conocía, sin parientes, sin amigos, sin recursos... La acción no podía ser más cruel ni más villana.

¡Mi amiga tuvo en él su vengador!

IV

Rodando por los lupanares

Venturita no pudo por menos que lamentar la triste suerte de su amiga; su iniciación en la senda del amor no había podido ser más desastrosa.

—Y gracias— la dijo, un tanto sobresaltado—que no te dejó algún recuerdo...

—Nada; ¡ojalá hubiera sido tan sano de pensamiento!

—¡Pobre Rosarito mía!

Se besaron amorosamente: a ella le iba entrando el cariño poco a poco; él acabó por dárselo todo.

Si el padre hubiera estado por un lado se hubiera sentido orgulloso de su hijo; como los artilleros, le gustaba morir al pie del cañón.

Fatigados de la lucha, rendidos por el cansancio, se quedaron dormidos los dos amantes.

—¿Almorzarás conmigo?—le había dicho ella.

—Almorzaremos juntos: a descansar.

Y a eso de las once de la mañana, abrió los ojos Venturita y tuvo un despertar agradabilísimo. A su lado estaba la joven, contemplándole sonriente y enamorada.

Preparó el café, que tomaron en la misma cama, y Rosario quiso terminar la historia de su vida, para que su amante supiera a qué atenerse.

—Agotados mis pocos recursos—siguió diciendo—víme precipitada en el último escalón, contra mi voluntad.

Las casas públicas de París son iguales o acaso peores que en cualquier otra parte; casas de explotación para las desgraciadas que tienen que recurrir a

ellas, en las cuales el carácter se exaspera y agria, el cuerpo sufre y el resto de ilusión desaparce; casas en las que la dueña, ejerciendo de cabo de vara, impone su voluntad; en la que los concurrentes eligen a la que les place, para saciar en ella su apetito, como si eligieran ovejas en un rebaño; casas en las que no se come bien y se vive mal; en donde la brutalidad prodiga insultos y la embriaguez bofetadas, y en las que al cabo del año, después de un tráfico ímprobo y asqueroso con hombres desconocidos, la mayor parte de ellos soeces, repulsivos y repugnantes, hállase una sin un cuarto, con muchos duros de deuda contraída con el ama por anticipos para mal vestir, y con la salud dada a todos los demonios.

A una de aquellas casas fuí a parar por desventura mía para no morirme de hambre, y en ella estuve dos años, que me parecieron dos siglos, y que han pesado lo que ves en mi cuerpo.

—¡Infeliz!—exclamó Ventura, sin poder contenerse y besándola amorosamente.

—Dejé de ser mujer—siguió diciendo—para convertirme en instrumento del deleite ajeno, y nada más. No creo que aquellos dos años malditos experimentara más de dos veces sensaciones de placer. Murió en mí el goce como había muerto la ilusión: lo hacía todo por obligación; mis sonrisas, mis palabras, mis besos, todo, todo obedecía a un impulso mecánico; eran el cumplimiento de un deber penoso.

Había quien al acostarse conmigo gozábase en martirizarme, ¡y desgraciada de mí si en vez de sonreirle a mi verdugo murmuraba una queja o lanzaba una mprecación, porque entonces me ultrajaba de palabra y me martirizaba sin piedad!

En cuanto a genialidades, aberraciones e indecencias no tienen número, ni quiero referírtelas, porque eres joven y no te considero tan degenerado, a pesar de que hay también algunos niños de tu edad que tienen unos antojos... Que se lo cuenten a su mamaíta, porque lo que es yo...

La pobre muchacha se indignaba, como protestando de que hubiese seres tan asquerosos y despreciables.

Después de una leve pausa, prosiguió:

—Dos años estuve padeciendo aquel martirio, llevando aquella vida miserable y desastrosa, y aun continuaría en ella si la casualidad no hubiese llevado una noche al «burdel» a un negociante en frutos español, hombre ordinario, pero con un corazón de oro.

Entró chapurrando el francés y como no lo entendiera bien una pupila soltó un juramento muy en castellano, que evidenció su origen; entonces le hablé yo en español y vió el cielo abierto. Fué mi amante aquella noche y luego las quince que estuvo en París, mientras realizaba su mercancía; me tomó verdadero afecto, y por lo poco que le conté de mi historia se condolió, compasivo, de mi suerte perra.

—A mí también me has interesado, te lo juro, Rosario, y puesto que eres la segunda mujer que he conocido en mi vida...

—¿Te casas conmigo, eh?—preguntó ella sonriendo.

—¿Más todavía?—exclamó el otro con encantadora ingenuidad—. Pero, acaba...

—Pronto termino, por ahora. Aquel hombre bueno y noble me dijo:—Mira, chica, poco puedo hacer por ti, pero ese poco estoy dispuesto a hacerlo. ¿Quieres venirte a España?

—¿Y qué voy a hacer yo allí?

El negociante se encogió de hombros y me contestó:

—Lo mismo que haces aquí, pero en mejores condicinoes.

—¡Si así fuera!...

—No hablemos más; dame tus papeles y lo arreglaré todo.

—Gracias por tus buenos deseos—le dije—; pero es imposible que yo deje esta casa.

—¿Por qué?

—Porque le debo al ama cincuenta duros.

—¡Bah!—exclamó—. Ya me arreglaré yo con ella; dame los papeles.

—Se los dí—agregó Rosario—y dos días después salíamos de París con dirección a Barcelona.

—¿A dónde quieres dirigirte ahora?—me preguntó en cuanto llegamos a la ciudad condal.

—Si pudiera irme a Madrid, allí me iría—le repuse.

—Irás—me contestó—; ten preparado el baúl para esta tarde.

Y efectivamente, media hora antes de salir el tren estaba en casa con un mozo; me acompañó a la estación del Norte, tomó un pasaje de tercera clase para la corte y dándome además dos billetes de cincuenta pesetas y cinco duros en metálico, se despidió de mí, diciéndome:

—Ea, muchacha, salud y suerte.

Y se retiró sin querer escuchar mis palabras de agradecimiento.

—¡Hombre simpático!—dijo Ventura.

—No he vuelto a saber de él y eso que le he escrito; pero le guardaré eterna gratitud.

—¿Y qué ocurrió después?

—Que, ya en Madrid, donde no conocía a nadie, me dije que había que correr la suerte, que es una lotería como otra cualquiera.

Estas palabras, aunque dichas mentalmente, repercutieron en mi oído.

—¡Lotería!—repetí en voz alta—. La verdad es que aquí se juga a la lotería. ¿Si habré tenido alguna inspiración?

—¡Tonteras!—exclamó el excéptico joven.

—Pues sin pararme en barras entré en la primera administración que hallé al paso y compré un décimo.

—¿Y te cayó el gordo?

—No, pero me tocaron quinientas pesetas y resolví

con ellas el problema de no volver a entrar en ninguna mancebía.

—¡Oh, Providencia!

—Alquilé este cuarto; compré los muebles más necesarios, me adecenté un poco, reservé lo indispensable para vivir un mes con la criada que tomé a mi servicio, e instalada ya y algo conocedora de las calles, reanudé mi vida galante en condiciones menos malas que antes, pero siempre precarias.

—¿Cuánto te debo?—preguntó Ventura.

—¡Calla. bandido, mal hombre!

Y le besaba fuertemente en la boca para que no dijese tales blasfemias.

—¿No eres mi amante?—repetía—. Pues no me debes nada, porque todo es tuyo, ¡todo, todo...!

Y terminó a poco su relato, con las siguientes frases:

—Aleccionada por la experiencia y temerosa de caer de nuevo en las garras de otra dueña de casa y perder mi libertad, he procurado y procuro limitar mis gastos a lo más indispensable, no asistiendo a otras distracciones que a aquellas que no cuestan dinero y al café, donde gasto poco y siempre se recoge algo.

—Pues conmigo has hecho suerte.

—Pues estoy muy satisfecha del encuentro.

Y luego de arreglarse un poco, almorzaron alegremente, olvidando los detalles horribles de los lupanares y la triste odisea de su primer amor.

—Bueno, hasta la noche.

—Allí mismo.

—No faltaré.

—Que te esperan grandes sorpresas.

Y con un ruidoso beso se despidieron los dos enamorados.

V

Estimulantes amorosos

Ventura se excusó como pudo en la casa de huéspedes, por haber pasado la noche fuera; pero tales excusas **holgaban.**

—¡Si eso es muy natural!—decía bondadosamente la dueña—. Un rato en cualquier sitio se pasa... Y luego el forastero, como no conoce bien las calles de Madrid se pierde...

—Justo; eso me ocurrió; que me perdí.

—Pero mucho ojo, señorito, porque aquí también suele perderse la salud.

—Gracias, gracias por el consejo.

Se arregló un poco, escribió algunas cartas al pueblo, especialmente a su padre, dándole cuenta de su llegada a la corte y refiriéndole algo de lo que ya había visto, no todo, como es de suponer, y se lanzó de nuevo a la calle para hacer algunas visitas antes de cenar.

A la hora fijada acudió al café, donde ya le esperaba su Rosario.

Parecía más satisfecha que el día anterior; además estaba mejor ataviada, gracias a unas pesetas que casi a la fuerza le había hecho aceptar su amante al marcharse.

—¿Daremos un paseíto, si te parece?—propuso ella—. Así irás viendo y aprendiendo. No quiero que digas luego que no te inicio en todos los secretos de Madrid, relacionados con el amor y los placeres del amor.

—A tus órdenes, preciosa.

—Supongo que aunque novato en estas cosas, serás hombre poco asustadizo.

—No conozco el miedo estando a tu lado.

—Pues aire.

Y andando, andando penetraron en una casa que aunque no indicara nada por su apariencia, le pareció algo extraordinaria a Ventura. Era mucha su intuición, pero aquella vez se equivocaba.

El creía hallarse en un lupanar aristocrático o en alguna casa de juego.

—Oye, ¿qué es esto?—le preguntó a su compañera.

—Una sala de espectáculos; verás como te agrada por su novedad.

—Veremos, pues.

Llamaron y salió a abrirles un caballero, al parecer, muy respetable.

—¿Usted por aquí, Rosarito?

—Sí, vengo con un primo mío que acaba de llegar del pueblo y tiene curiosidad por conocer el espectáculo.

—Pues llegan a tiempo, porque va a dar principio dentro de cinco minutos. Precisamente quedan dos puestos desocupados.

—Ventura, paga diez pesetas. ¿No es eso?

El caballero respetable al parecer se inclinó en señal de asentimiento.

Guiado por Rosario se internaron en un pasadizo circular, débilmente iluminado.

El silencio era extraordinario y una tupida alfombra apagaba todo rumor de pasos.

—¿Dónde estará ese salón?—se preguntó Ventura, admirado de tanto silencio—. ¡Y el caso es que ha dicho ese señor que apenas quedaban dos localidades! Pues por aquí no se ve un alma.

Llegaron a una puertecilla pequeña, que ostentaba un número: abrió Rosario, y cuando el joven creyó penetrar en un palco, se vió sumido en la obscuridad más absoluta.

—Pero, oye, tú, ¿qué lío es este?—preguntó un tanto escamado.

—Siéntate y calla, que pronto avisarán el principio del espectáculo.

A tientas dieron con un sofá y en él se desplomaron materialmente.

Ventura estaba ojo avizor: suponía que no se trataba de una encerrona, porque aquélla mujer había llegado a inspirarle confianza en las pocas horas que la trataba, pero donde menos se piensa salta la liebre.

Esta vez fué un ruido extraño, como el sonido de un timbre apagado por algún procedimiento especial.

Al mismo tiempo brillaron cuatro grandes puntos en el fondo del cuartito.

—Va a empezar la fiesta. Ahora verás.

Y así diciendo, la joven cogió de la mano a Ventura y lo aproximó al sitio donde brillaba la luz. Eran agujeros abiertos disimuladamente en la pared y cubiertos por un recio cristal; al pie había cómodos asientos para ver a través de aquéllos con toda comodidad.

El provinciano notó también que los asientos estaban dispuestos en forma que podían servir para toda clase de menesteres.

—¡Malo, malo!—refunfuñó.

Pero en seguida agregó, rectificando:

—¡Digo, bueno, bueno!

—¡Mira!—indicóle de nuevo la muchacha.

Ventura imitó a su compañera, pegó los ojos al vidrio y vió una magnífica habitación, casi circular, profusamente iluminada; no se perdía el menor detalle.

En un extremo había una cama y en los lados divanes y espejos: la alfombra era hermosísima: lo que no había eran mesas, sillas, ni mueble alguno que estorbara.

En seguida apareció una joven alta y esbelta, morena, de ojos negros y rasgados; una preciosidad de mujer. La acompañaba un hombre, que tan pronto penetró en la estancia empezó por cerrar la puerta y drigirse a la chiquilla con objeto de abrazarla.

Ella se dejó querer y ambos, sentados en un diván, se colmaron de caricias.

Ventura empezó a excitarse, y sin apartar la vista del cuadro, alargó una mano y fué a buscar el abultado seno de su compañera, introduciéndola afanoso y oprimiéndolo con frenesí.

Rosario, por su parte, extendió el brazo en dirección al joven, como para indicarle que no armase ruido, pero la mano fué a parar, a causa de la obscuridad, a un sitio que excitó más todavía al pobre muchacho.

—Estos cristales están empañados—murmuraba incomodado—. No dejan ver bien.

Pero la culpa no era de los vidrios, sino de él, que tenía ya los ojos encandilados.

La mujer que se hallaba en la habitación empezó a aligerarse de ropa y su compañero le imitó rápidamente.

Entonces quiso cogerla para meterla en la cama, y ella, juguetona y lasciva, dió un respingo y emprendió la huída por la habitación, procurando sortearle con inflexiones de cuerpo graciosas, y dejando al descubierto inapreciables tesoros de hermosura.

Ventura hubiera taladrado el tabique en aquellos momentos; tal estaba de excitado.

Rosario logró calmarle la excitación, haciéndole con la mano señas para que se contuviese.

Por fin consiguió el hombre apoderarse de la fugitiva hembra, y entonces se entabló entre ambos una especie de lucha, él por llevarla a la cama y ella por no querer ir, acabando por dejarse caer en la alfombra.

Aquella lucha enardeció al hombre, el cual, no pudiéndola levantar del suelo, se arrojó brutalmente sobre la hembra, jadeante y sudoroso y sació su apetito con delectación y gozo.

A Ventura le zumbaban los oídos, sentía vértigos,

parecía ebrio; aquello lo tenía fuera de sí y resoplaba fuertemente.

Por fortuna, al consumarse la suerte se apagó la luz y todo volvió a quedar sumido en la obscuridad.

Entonces se desplomó nuestro protagonista sobre el diván y procuró tranquilizarse, aunque en vano.

A su lado estaba Rosario, febril y ansiosa también.

Se abrazaron con furia, se besaron con ansia ardiente y a tientas pero sabiendo lo que se hacían, imitaron, siquiera en parte, el cuadro que acababan de presenciar.

—¿Te ha gustado?—le preguntó Rosario.

—Eres deliciosa—respondió él.

—¡Si digo el espectáculo!—rectificó aquélla.

—Para resucitar a un muerto.

—Pues como nosotros lo han presenciado nueve parejas más.

—¿Qué dices?

Entonces le explicó que aquellos cuadros vivos, que se repetían tres o más veces cada noche, aunque con distintos actores, eran un gran negocio para la casa.

Hombres caducos y gastados, jóvenes libidinosos, acudían a presenciarlos por el mismo procedimiento que lo habían hecho ellos y mediante el pago de cinco pesetas por persona, habiendo plaza para veinte.

—La casa—añadió—cobra veinte duros por sesión, como ves, de los cuales da cinco a la mujer que actúa.

—¿Y al hombre?—interrogó Ventura.

—Al hombre, nada, porque él ignora el truco. El cree que viene a una casa de compromiso con una mujer que se ha encontrado en la calle y que a fuerza de darle coba termina por hacerle tragar que se entrega a él generosamente, por puro capricho.

—¿Y dices que había diez parejas en los cuartos como el nuestro?

—Ya lo oiste al entrar.

—¿Y habrán hecho todas lo mismo que nosotros?

—Y algo peor, porque los hay tan guarros...

—¿Sabes lo que te digo? Que esto me ha abierto el apetito y tengo unas ganas de comer...

—Pues a casita, que llueve.

VI

Azotes al niño

—¡Cuando escriba yo esto al pueblo, se van a quedar maravillados!—murmuraba Ventura por el camino—. ¡La verdad es que están allí muy atrasados! Porque, vamos a ver, ¿qué novedades se traía mi casadita? ¿Qué procedimiento empleaba? El mismo que se usaba poco antes de Adán y Eva. ¡Esto es gloria; viva Madrid!

Terminado el soliloquio, que pareció haberle dejado más tranquilo, se dirigió a su compañera.

—Eres un almacén de sorpresas, querida, y cada vez estoy más contento de haberte conocido. Entre historias, espectáculos y caricias, me vas a hacer tomarle cariño a Madrid, y quedarme en él y contigo para siempre.

—¡Oh, qué dicha!—exclamó ella acariciándole el bigote, que lo tenía muy tieso y empinado, a lo kaiser.

Ya en la casa tomaron un ligero refrigerio, porque las emociones de la noche casi habían agotado sus fuerzas.

—¡Ay, nene mío!—decía Rosario, contemplando a su amante—. Estoy viendo que me vas a dar el gran desengaño; soy muy desgraciada.

—Pero, ¿por qué?—le contestaba él, acariciándola—. ¿No te he dicho que te querré siempre, siempre?

—¡Pero eres tan joven!

—¡Mejor! Así durará más mi cariño.

—Y así vendrá el mejor día tu padre y se te llevará de una oreja al pueblo, con lo cual dará por terminado nuestro idilio.

—Bueno, no hablemos de cosas tristes y cambiemos de palo. Tratemos del porvenir.

—Basta con el presente, Ventura. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir el día de mañana! ¡Estoy tan desengañada del mundo!... A veces quisiera morirme.

—En mis brazos—gritó enamorado el joven—. Parece que el espectáculo que me has ofrecido te ha vuelto taciturna.

—Es que me ha hecho recordar... Porque te advierto que yo también he sido otras veces actriz en esas fiestas lujuriosas. Además he tenido que prestarme a tales cosas, que me sublevo sólo al pensar el grado de envilecimiento y bestialidad a que llegan algunos hombres. Y conste que siempre he rechazado y rechazaré ciertas proposiciones.

—No calculo...

—Consonante a lo que estamos hablando. Figúrate que un marinerote rudo llegó una noche a la casa de lenocinio donde yo estaba y se empeñó en que le vendiera mi virginidad.

—Estaría borracho, porque exigir virginidad a una mujer de la vida...

—No lo creas. Yo me puse en guardia, porque sabía lo que demandaba, cosa que le negué en redondo.

—¿Pero él se cuadraría?

—Y arrojándome brutalmente sobre la cama quiso realizar su invertido deseo. Me defendí heroicamente y aquello me salvó, pero me valió también una paliza terrible y quince días de hospital.

—¡Qué vicios más asquerosos!—exclamó Ventura sinceramente.

—¡Así me gustas, cariño!—dijo Rosario con amor.

Y luego continuó:

—Perdona que te refiera estas obscenidades, pero quiero ser tu iniciadora en todo para que aprendas y seas hombre siempre, es decir, que seas macho. Huye, Ventura, de ciertas aberraciones, porque si das en ellas, eres hombre perdido.

—Prometo seguir tu consejo y te agradezco las lecciones, Rosario; pero ahora voy a hacerte una pregunta: ¿No sienten también las mujeres caprichos contra natura?

—Y más terrible por sus consecuencias que entre los hombres. En el lupanar había una infeliz neurótica que cuando se exaltaba era atroz con nosotras.

—¡Cómo!—exclamó cándidamente Venturita—. ¿Sentía amor por las de su sexo?

—Volcánico, devorador. Y así como el hombre, ciego por el deseo, atropella a veces a la mujer objeto de sus afanes, así aquella me cogía brutalmente, febril y calenturienta, y saciaba sus apetitos, sin colmo ni medida.

—Lo había oído decir en el pueblo y no lo creía. Y ahora me explico por qué mi hermana pasaba tantos ratos en su cuarto con una jovencita pálida y ojerosa, que la visitaba con frecuencia.

—Pues no te digo nada de los hombres...

—No, no quiero saberlo; me repugna.

—Ven a mis brazos; ya veo que no me he equivocado.

La noche era verdaderamente estival; hacía un calor propio del mes de julio, que se acentuaba más por lo reducido y cerrado del gabinete donde se encontraban los dos jóvenes.

Insensiblemente se habían ido despojando de la ropa y Rosario llevaba puesta únicamente la camisa y las medias. Venturita no estaba más vestido que ella.

Se recreaba palpando aquellas carnes que aunque resobadas eran incitantes todavía y de vez en cuando levantaba un poco por bajo la tenue y corta camisa de encajes, para contemplar la piel en todo su esplendor, libre de envoltura alguna.

—¡Tienes un lunar magnífico!—exclamó enagenado y señalando un punto negro y excitante que lucía la

joven en un sitio harto peliagudo de expresar aquí con su verdadero nombre.

—¿Te gusta?

—Con delirio; pero quiero admirarlo mejor.

Y antes que ella pudiera defenderse le quitó la camisa y la dejó como su madre la hubiera parido, si las madres pudieran dar a luz a sus hijas en cueros y con medias negras caladas y ligas color de rosa.



...arre, caballito;

No hacía frío, lo repetimos; además, los dos amantes echaban fuego por todos sus poros.

Ella mostró complacencia; parecía que le agradaba agradar a su amigo; por otra parte su coquetería—al fin mujer—se veía halagada por aquella acción de Venturita, que la besaba con enagenación y que, a su vez, se había quedado tan fresco como ella.

La derribó sobre el diván, como si no hubiera tenido tiempo ni ganas para conducirla al lecho, y el olor de la carne les despertó el apetito.

Rosario era feliz y dichosa con su nene, como le llamaba. Al caer en el mullido asiento cogió un junquillo de mimbre que a manera de latiguillo había en un rincón, y agitándolo en el aire, alegre y juguetona empezó a golpear suavemente la espalda y las nalgas del joven, como si aguijonease a una cabalgadura.

—¡Arre, caballito! ¡Arriba, caballo moro!

A Venturita le gustaba aquel juego; el roce del junquillo le excitaba más y producía en su ser sacudidas y espasmos de placer que hasta entonces le eran desconocidas.

Ella lo comprendió así y siguió la flagelación, pero con mucha dulzura y suavidad.

Ya no le decía: «arre, caballito»; ahora se hacía la seria y exclamaba con gravedad, al par que lo flagelaba:

—¡Azotes al niño, para que no sea malo! ¡Azotitos a mi nene!

Rendidos y jadeantes quedaron los dos mozos de aquella sesión de equitación accidentada y movida, aunque en la carrera no se adelantase mucho.

El cuerpo les pedía descanso y se acostaron enamorados y satisfechos. Se entendían perfectamente y aquellos amores llevaban trazas de durar una eternidad y dos o tres años más.

VII

¡Viva el amor!

Venturita estaba completamente colado con su Rosario y ésta con su Venturita.

Eso sí, el joven no se ocupaba de nada y sólo vivía para ella, habiendo conseguido llamar la atención hasta de la dueña de la casa de huéspedes, «rara avis» en su género, pues le apenaba que el huésped siguiese pagando con puntualidad y no hiciera gasto alguno en la casa.

—Me parece—le dijo un día—que no ha hecho usted caso de mis consejos; usted se ha perdido en Madrid, Venturita.

—No lo crea usted, señora—le repuso—; estoy bien encontrado, por suerte mía.

—Ya sé, ya sé; pero tenga usted en cuenta que la salud y el dinero hay que conservarlos cuidadosamente.

El joven comprendía que en el fondo llevaba razón aquella buena señora... pero cortó por lo sano el sermón, porque le estaba esperando su Rosarito.

—Hoy comeremos juntos—la dijo alegre, dándole un fuerte y sonoro beso.

—Pero sin hacer ningún disparate, Venturita—agregó la joven, que comprendía también lo que podía ocurrir con el tiempo, como siguiesen abusando de aquella manera.

—No, no temas. Mientras tú preparas el desayuno yo escribiré algunas cartas.

La primera, como es natural, iba dirigida a su padre.

En ella le contaba lo bien que lo pasaba en Madrid

y sus esperanzas de que pronto llegaría a ser alguna cosa y terminaba, como todas las anteriores, pidiendo más dinero.

Luego escribía a sus íntimos dándoles cuenta del progreso de sus amores, porque hasta en Almodóvar se sabían sus relaciones con una cocota excelentísima y los invitaba a que hiciesen un viajecito a la corte y verían lo que era canela fina.

Almorzaron alegremente y después descansaron un rato los amantes.

Ventura advirtió una novedad en la alcoba; una de espejos que tiraba de espaldas.

—Oye, ¿para qué es eso?

—Para que veas, hombre.

Y en efecto, mientras se entregaban a sus transportes amorosos, el hombre veía retratados en las paredes las esculturales formas de su amada; de las suyas no hacía caso.

Le gustó la novedad y entonces Rosario le explicó que uno de sus novios tuvo ese capricho, cuando ella se sentaba sobre sus rodillas, y recordándole se lo ofrecía a él.

—¡Ah!—exclamó el mozo—. ¡Pero yo exijo también lo de la silla o te retiro mi confianza y el título de inciadora con que te he agraciado!

Y no hubo más remedio que acceder al capricho del niño.

—¡Basta ya!—dijo Rosario, sofocada—. Por supuesto, yo me tengo la culpa por referirte cosas que a veces no convienen tanto.

—¡Maestra, no me abandones! ¡Cuéntame siempre cosas parecidas, por lo que más quieras!

—Si me prometes estarte quieto te obedeceré, Venturita.

—Seré una estatua nívea.

—Por ahora se suspende la sesión. Vamos a dar un paseo por la Castellana; eso nos despejará un poco.

—A tus órdenes.

Pasearon hasta la caída de la tarde, y aquel tiempo lo aprovechó la joven para referirle algún detalle más de su historia. En plena calle no había el menor peligro de ensayar ningún procedimiento.

La saludó comedidamente un caballero ya entrado en años y al quitarse el sombrero mostró un corte de pelo especial, algo pasado de moda, y que en su tiempo se llamó peinado a lo Amadeo.

—¿Ves el tupé de ese hombre, tan corto y en forma de cepillo?—le dijo ella a Venturita, llamándole la atención.

—¿Quién es ese tipo?

—Un buen hombre a quien conocí hace tiempo: un caprichoso «sui géneris».

—Algún asqueroso.

—Por ahí, por ahí. Cuando me visitaba me ponía de pie al borde de la cama; él se sentaba en un almohadón a mis pies y empezaba a frotarme con el tupé...

—¿Pero con el tupé ese de la cabeza?

Rosario eludió la respuesta y siguió diciendo:

—Cuando por la contracción de mis músculos notaba algo extraordinario, me derribaba sobre la cama...

—¡Basta, mujer, que no estamos en casa!

—Pues por eso te lo he contado.

—Lo ensayaremos.

—Te guardarás muy bien, nene mío.

Y así transcurría el tiempo.

Rosario advertía que su amante se iba quedando más flaco cada vez.

También la patrona notó la ruina que se cernía sobre la naturaleza y la bolsa del joven y se creyó en el deber de informar detalladamente a su padre de lo que ocurría. Su conciencia se rebelaba ante la catástrofe que veía inmediata.

El padre sufrió el susto consiguiente: le agradaba que su hijo fuese mujeriego, pero no tanto que le costase la vida.

Le escribió una carta llena de amenazas y conse-

jos; al mismo tiempo le señalaba una pensión modesta, de la que le prohibía pasar en lo sucesivo.

Cuando Ventura recibió aquella apocalíptica misiva estuvo a punto de desmayarse y se puso a llorar como un niño.

A Rosario no le sobrecogió la noticia, porque la esperaba, aunque no tan pronto.

Trató de infundirle ánimo, pero con habilidad suficiente para dejarle entrever que si su padre mantenía su resolución peligraría la dicha común y el joven se retiró desesperado.

Volvió al día siguiente y pronto conoció en lo reservada que se mostró y en la tristeza de sus sonrisas, que se obscurecía el cielo de su felicidad y entonces planteó Ventura la cuestión en los siguientes términos:

—Mira, Rosario, es preciso que hablemos seriamente. Al punto que han llegado las cosas no podemos elegir más que uno de estos dos caminos: o separarnos amistosamente, haciendo trizas mi corazón o levantar tú la casa, e irnos a vivir modestamente a otro sitio, donde nadie nos conozca. Con la pensión que me señala m padre podemos pasar: elige.

—Agradezco tu franqueza, Ventura—replicó la joven y voy a corresponder a ella. Te quiero lo bastante para no elegir el segundo camino: cree que no vacilaría en tomarlo si en vez de ser hijo de familia, fueses mayor de edad y contases con esa que tú llamas, y así lo es, efectivamente, pequeña pensión; pero aún te quedan años que estar bajo la patria potestad, siendo probable que dentro de uno mes o dos recibas orden de regresar a tu pueblo.

—No la obedeceré.

—Sí que la obedecerás, bajo pena de que te sitien por hambre y te deshereden en la parte que puedan hacerlo.

Ventura quedó anonadado, bajo el peso de aquella reflexión.

—Lo mejor de todo—añadió Rosario—es que nos separemos amistosamente, sin perjuicio de volvernos a unir el día que las circunstancias varien; te lo digo con sentimiento, pero tú, que eres inteligente, comprenderás que no debo proceder de otra manera.

—¿Y volverás a tu antigua vida?—preguntó escandalizado el joven.

—¡Qué hemos de hacer!—replicó ella con aire resignado y triste—. Vuélvete a tu casa de huéspedes, no gastes nada conmigo, comprímete y cuando quieras recordar añoranzas de nuestros fatuos amores ven a buscarme... Avísame con anticipación para no comprometerme con otro.

Aquellas palabras hicieron brotar lágrimas de los ojos de Ventura, que parecía verdaderamente un chiquillo; su emoción, hija del amor primero, no era de hombre curtido ya en las luchas pasionales. Por eso había que perdonárselo.

—¡Pero si podemos llegar a un arreglo!—exclamó con desesperación—. ¿Es que no tienes esperanzas?

—Muy pocas; mi juventud desaparece rápidamente, mi belleza se marchita, y la belleza y la juventud son los principales atractivos de la mujer para el hombre. Ya no puedo aspirar a hacer fortuna, sino a vivir algunos años con relativo desahogo, y después...

—¿Después, qué?

—Después a implorar la caridad pública o a meterme a verdugo de mis semejantes si reuno lo suficiente para establecer una casa de mancebía.

—¿Y no te asusta la idea de hacer sufrir a otras lo que te han hecho sufrir a ti?

—Las trataría como a hermanas, ten la seguridad absoluta.

—¿Pero cómo quieres—insistió Ventura—que nos separemos de este modo...?

—No hay más remedio.

—¿Y que venga a verte, después de saber que aca-

bas de estar con otro hombre, vendiéndole un cuerpo, cuya absoluta propiedad recababa yo para mí?

—Pues así ha de ser, nene mío; hazme caso a mí, que tengo sobrada experiencia del mundo.

—No me resigno, no me resuelvo a nada; hay que pensarlo bien.

Por vez primera desde que se conocían se retiró temprano Ventura y sin hacerle la menor caricia.

El horno no estaba para bollos.

Ya en la casa de huéspedes reflexionó maduramente el joven, y aunqe no era muy ducho en esa ciencia difilísima que se llama mundología, comprendió que había que amoldarse a las circunstancias, hacer de tripas corazón... y disfrutar aquella mujer, cuando pudiese ser, sin gastar un céntimo. Eran unos amores de capricho que muchos en su lugar hubiera deseado.

Escamóse la patrona al verle llegar a casa tan temprano y supuso que el papá había hecho caso de las advertencias que le hizo, con relación a la conducta de su hijo.

Al otro día se levantó éste y ordenó que se le pusiese de nuevo el cubierto en la mesa, pues volvía a comer allí.

—Vamos—le dijo la buena señora—le, felicito a usted, por haber sabido caer del burro oportunamente.

—Gracias, gracias—respondió él maquinalmente y deseando terminar para echarse a la calle.

Encaminóse precipitadamente a casa de su amada.

Ella lo esperaba con impaciencia para determinar acerca de su conducta futura.

Al verle llegar más alegre se tranquilizó.

—Vengo a que terminemos la cuestión planteada ayer—empezó él diciendo, al par que le daba un sonoro beso en la boca.

Ello se lo devolvió, enamorada.

—¿Y qué has resuelto?—preguntóle.



... al par que le daba un sonoro beso

—Que llevas razón. Hay que capear el mal tiempo, en espera de otro mejor.

—¿De modo que te retiras?

—Oficialmente, sí, pero vendré a verte.

—Siempre que quieras, pero avisando antes, ¿eh?, no sea que haya encuentros desagradables.

—¿Me serás fiel?

—En todos los momentos pensaré en ti.

—Mujer, recorta, recorta, porque no me conviene tanto.

Renació la paz y concordia aunque siempre quedase algún resquemor, y los jóvenes se desquitaron largamente de la abstinencia del día anterior.

—No me olvides.

Y Ventura bajó pensativo y taciturno los escalones de aquella casa que tan gratos recuerdos conservaba para él.

VIII

Salvado por su padre

La nueva vida acabó por agradar al joven, pues se veía más libre, con más dinero y gozando lo mismo que antes, aunque a distintas horas, o sea en las que tenía Rosario disponibles.

Pero en cambio la anema se iba apoderando de él, llegando hasta el punto de que alarmada la buena patrona, mujer que merecía un altar, según habrá podido ver el lector, escribió de nuevo al papá de Venturita, aconsejándole que se pusiese en camino, si quería llegar a tiempo para salvar a su hijo.

El cacique máximo comprendió la gravedad de las circunstancias y ni corto ni perezoso tomó el primer tren y se plantó en Madrid, sin avisar a nadie.

Y cuando menos se lo esperaba su hijo, se presentó en la fonda dispuesto a obrar radicalmente, aunque sus ideas fuesen conservadoras.

Se dió a conocer y la patrona le condujo a una habitación reservada y allí le habló largo y tendido, tendido en sentido figurado, de su hijo y de la vida crapulosa que llevaba.

—No está en casa—empezó diciéndole—; ahora estará con ese pendón que le ha sorbido el seso y la salud entera. No puede usted figurarse...

—¿Pero tanto vale ella?—preguntó el padre, con curiosidad.

—Sí, es joven y bastante guapa...; pero ha hecho un desaguisado con el pobre Venturita.

—¡Hijo de mi alma!

—Si quiere usted, puede verlo ahora mismo, porque seguramente estarán en el café.

—Pues voy inmediatamente.

—Le ruego que no me descubra. Esto lo hago yo porque también he tenido hijos, aunque le parezca mentira.

—¿Por qué me lo ha de parecer? Todos los hemos tenido, es decir, como tenerlos materialmente, no los he tenido yo, dicho sea en buen hora.

Y el papá de Venturita se encaminó al café susodicho, o susocallado y penetró en él con grandes precauciones para no levantar la caza. Quería que no se diese cuenta su hijo de su presencia.

Miró primeramente por las vidrieras y, en efecto, en un rincón estaba el mozo, acompañado de Rosario.

No le produjo mala impresión la muchacha y por aquella parte se tranquilizó y hasta se sintió orgulloso.

—Veo que ha tenido buen gusto el tunante: eso es herencia de familia.

Cuando ya los hubo contemplado a sus anchas, abrió la puerta del establecimiento, que daba frente a donde estaban los tórtolos.

Venturita vió a su padre y se quedó estupefacto. Ni la estatua del comendador pudo producirle mayor impresión al legendario antecesor del joven, a don Juan Tenorio.

El chico se levantó rápidamente, sin despedirse de su compañera y salió a la calle.

Abrazóse llorando a su papá.

—¡Usted por aquí! ¡Y sin haberme avisado! ¿Qué ocurre?

—Mucho y malo—exclamó el padre, fijándose en el deterioro salutífero de su vástago.

—¿Desgracias de familia?

—Vamos a casa y allí hablaremos detenidamente.

Y tomando un coche se trasladaron rápidos a la hospedería, donde tuvo lugar la escena que puede figurarse el lector.

—¿Pero tanto vale esa mujer?—exclamó el padre, sin poderse contener, ni saber lo que se decía.

—Mucho, papá.

—Ya lo veo, ya lo veo—dijo el otro con amargura y tal vez con su poquito de envidia, porque ya hemos dicho que el tío era de artillería.

—Bueno—concluyó diciendo el padre—. Esto queda cortado definitivamente. Mañana en el primer tren te estás largando para Almodóvar.

—¿Mañana?

—¡Y si hubiese ahora tren estarías ya camino del pueblo!

—¿Pero sin despedirme...?

—¿De quién te vas a despedir? ¿Es de tu familia? ¿Te toca algo?

El joven iba a replicar, pero se le impuso silencio: ¡bonito era el padre cuando se incomodaba!

Venturita regresó, en efecto, al pueblo, sin haber logrado la ocasión de dirigirle cuatro letras a su amada, porque el papá no lo perdió de vista un solo instante, hasta que el tren desapareció raudo y veloz, camino de Almodóvar del Campo.

Y el famoso cacique se quedó en Madrid, alegando que tenía allí faena para unos cuantos días.

Solo, libre, feliz e independiente tuvo la curiosidad de conocer de cerca a la mujer que había llegado a sorberle el seso a su hijo.

Por la noche se presentó en el café de marras y tuvo la suerte de que la joven no tenía ningún acompañante.

Previo permiso sentóse a su lado y en seguida entabló conversación con ella, ocultando, como es natural, el parentesco que tenía con su amante.

La muchacha, tan libre como él y siempre a caza del hombre que había de proporcionarle el cotidiano sustento a cambio de un momento de placer, escuchó sus proposiciones libidinosas y ambos se encaminaron al domicilio que tan bien conocía Venturita.

El viejo era campechanote y alegre en sus relaciones mujeriegas, así es que le agradó mucho a Rosario. Además, sabía cumplir sus deberes masculinos con decencia y corrección.

La joven se expansionó un poco.

—¿Estás contento?—le preguntó cariñosamente.

—¡Mucho! Eres una mujer que vales...

Y le dejó algunos billetes sobre la mesilla de noche.

—Valgo menos de lo que me das—dijo ella, examinando la paga.

—No hablemos más del asunto.

—¡Lo que me convendría a mí un hombre tan noble y tan guapo como tú!—exclamó, colmándole de caricias.

—Lo siento, amiga mía, pero esta es la primera y última vez que nos vemos.

—¿Tanto te he disgustado?

—No, hija; es que me voy de viaje; me vuelvo mañana a mi pueblo, a Almodóvar del Campo.

La joven se quedó un momento suspensa.

—¿A Almodóvar del Campo?—preguntóle—. Pues de allí es mi novio; quizás le conozcas tú.

—Tal vez. ¿Cómo se llama?

—Ventura de la Mancha.

—Pues esta mañana se ha marchado al pueblo.

—¡Eh! ¿Luego le conoces?

—¡¡Como que es mi hijo!!

La joven cayó desmayada y el cacique salió tranquilamente de aquella casa que no habían de volver a pisar más ni él ni su hijo.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

De 0,10 ptas.

PRIMERA SERIE

I.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV.—La lección de amor
V.—El cangrejo de Pepita
VI.—Aventuras de una masajista
VII.—Bautismo de amor.

SEGUNDA SERIE

I.—El viejo y la niña
II.—Mujeres solas
III.—Flauta y tambor
IV.—El hijo artificial
V.—Los predestinados
VI.—Un marido complaciente
VII.—Una juerga movidita

TERCERA SERIE

I.—El recomendado
II.—De buena boca
III.—Luna de miel
IV.—De institutriz a cortesana
V.—Inconvenientes del amor
VI.—Mi vecinita y yo
VII.—Posadas y posaderas

De 0,20 ptas.

I.—La insaciable
II.—La niña precoz
III.—Juegos peligrosos
IV.—Donde las dan las toman

EN PRENSA: **COSAS QUE PASAN**

Los pedidos a **EDITORIAL H.**—BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona